

El muerto

1

Al chico lo dejó fuera, ante su propia puerta. Se despidió de él y le deseó buena suerte. No pensaba seguir alimentándolo; a partir de ahí, tendría que hacer de tripas corazón, depender exclusivamente de la fuerza de sus propios brazos y dar lo mejor de sí. Lo dejó hecho un manojito de miembros escuálidos y deformes y atravesó el umbral convertido en un hombre nuevo, todavía algo incómodo bajo la mirada del geniecillo que gobernaba su metamorfosis. Ella se llamaba Karine D'Arcy. Tenía quince años y pico y había ido a su clase durante los tres últimos años. Fuera del colegio ella le superaba en todos los aspectos, y sin embargo allí estaba, esperándolo en el vestíbulo de su casa el lunes a la hora del almuerzo. Por tanto el chico, o lo que quedaba de él, lo que no había sido desollado por las manos y los besos de Karine, tenía que desaparecer.

—¿Estás seguro de que tu padre no aparecerá por casa? —preguntó ella.

—Seguro —contestó él, pese a que su padre hacía lo que le daba la real gana y no se podía confiar en que se comportara de forma racional. Aquella mañana había avisado de que iba a salir por ahí, de manera que los niños tendrían que prepararse su propia cena, aunque volvería más tarde arrastrando consigo la estela de sus diabluras y, en tanto asiduo de los abismos anímicos, de un humor de perros.

—Y si lo hace, ¿qué?

Despegó su mano de la de la chica y la deslizó en torno a su cintura.

—No lo sé —dijo él. Ay, qué cruda era la verdad, más cruda imposible; palabras sin ensayar salidas de una garganta recién estrenada.

Él tenía quince años recién cumplidos. Si ella le hubiera hecho la misma pregunta antes de haber atravesado los dos aquel umbral, habría respondido obedeciendo a quince años de fanfarronería infantil y adolescente acumulada, pero ahora que todo había cambiado se le había olvidado cómo pavonearse.

—En cualquier caso la culpa será mía, no tuya —agregó.

Se suponía que tenían que estar en el colegio, y hasta su padre acabaría enterándose. Si se presentara en casa ahora, *si lo hiciera*, completamente descolocado por la derrota, perjudicado por el alcohol, el póquer o lo que cojones fuera, aun así apenas le llevaría un momento darse cuenta de que su hijo estaba haciendo novillos, y por un único motivo.

—Aquí la culpa sería tuya —dijo ella—. Pero ¿y si se lo contara a mis padres?

—Eso no lo haría.

Aquella era una certeza tan firme como el suelo que tenían bajo los pies. Su padre podía ser muchas cosas, pero ninguna de ellas tenía que ver con ser responsable. Ni audaz. Ni justo.

—¿Estás seguro?

—La única gente con la que habla mi padre vive aquí. Nadie más lo aguantaría —dijo él.

—¿Y ahora qué hacemos?

Aquel intrépido hombre nuevo, aún inquieto y azorado por las posibilidades que azotaban sus carnes y pesaban sobre sus hombros, se llamaba Ryan. Lo cierto es que su forma adulta no se distinguía demasiado del cadáver desgarbado que había dejado en el exterior; seguía teniendo el cabello negro, la piel blanca y los ojos oscuros. «Pareces *poseído*», había dicho estremeciéndose una de las chicas que se había aproximado lo bastante a él como para poder juzgar, y que, acto seguido, le había declarado su intención de intentar extraerle el demonio a fuerza de besos con lengua. Durante aquellos últimos meses, Ryan había dado un estirón. *Dema-*

siado lento y regular, había dicho con un suspiro su *nonna* la última vez que había mirado sus fotografías en Facebook. Se mostró inflexible en que nunca llegaría al metro ochenta. Su madre llevaba cuatro años muerta y su padre era un despojo que tan pronto dormía en el sofá como en su propia cama. Ryan era el mayor de los hijos del despojo. Andaba con pies de plomo alrededor de su padre y se desquitaba con los demás.

En esto último había algo que no cuadraba. Por supuesto, los hombres de cualquier edad se sentían autorizados a andar lanzando pullas a todo aquel que diera la impresión de poder faltarles y, desde luego, así era como se conducía el despojo: vacuo salvo por una rabia ardiente y vulgar, oscilando entre la gloria y las temporadas de sequía en míseros centros de rehabilitación que estaban en el quinto infierno. Incluso cuando Ryan hacía acopio del furor requerido para enfrentarse al desprecio de los maestros o a los desafíos que le lanzaban niños mayores que él, sabía que había algo sumamente vacío en el modo en que todos ellos le incitaban a pelear. Había andado en busca de algo que lo retase a levantarse de la cama por las mañanas, pero jamás habría imaginado que pudiera ser ella.

Ella formaba parte del grupo de chicas que llevaban las faldas más cortas, que tomaban posesión de las perchas situadas encima de los radiadores antes de cada clase y que se movían con fluidez entre la impertinencia y la confianza empalagosa con el profesorado. Él jamás había imaginado que ella lo consideraría otra cosa que un camorrista, pese a que se lo hubiese estado rogando en silencio, tras su boca cerrada y sus ojos caídos, durante *putos siglos*.

Tres semanas antes, la noche en que Ryan cumplía años, ella se dejó besar.

Él iba en el coche de uno de sus amigos —mayores que él y coetáneos de Joseph, su primo de dieciséis años, que sabía lo bastante sobre Ryan como para hacer la vista gorda con su edad— cuando la vio en la puerta de la discoteca del centro cívico, riéndose y tiritando con un top negro y pantalones cortos blancos. Él se había echado hacia delante desde el asiento trasero y la había

llamado por la ventanilla, y ni siquiera tuvo que persuadirla para que subiera al coche y se sentara a su lado. Había tenido la potra total de pillarla con ganas de dar una vuelta. Y, no obstante, un vuelco en el pecho le tentó a creer que quizás se tratara de algo más: de potra total y de confianza. Ella confiaba en él. A ella —¡Dios!— él le gustaba.

Se fueron a echar unos tragos. Bebieron un par de latas y se fumaron un par de porros, y un viento frío y sosegado la llevó a arrimarse más a él. Cuando él se dio cuenta de que no podía medicarse los nervios, reconoció lo que sentía por ella arriesgándose a ponerle la mano en el hueco de la espalda, contando hasta veinte o treinta u ochenta antes de asimilar que ella no iba a apartarse, cogiéndola de la mano para detener la suya propia y luego por fin, por fin, recorriendo la gran distancia de treinta centímetros, para cubrir su boca con la suya y besarla.

En los días que siguieron atravesaron muchas millas de territorio inexplorado y decidieron ir a por todas. Habían ido al cine, habían tomado helados y al final de cada cita habían callejeado cogidos de la mano hasta donde vivía ella. Y para evitar echar unos cimientos excesivamente sanos, encontraron espacios discretos y rincones oscuros en los que disolver aquella amistad, en los que las palmas de Ryan registraron la diferencia entre la piel de la cintura y la de los pechos de Karine, y en los que estrechó su cuerpo contra el de ella para poder recordar cómo todos y cada uno de sus huecos encajaban en el suyo.

Ahora, en el vestíbulo de su casa un lunes a la hora del almuerzo, él le contestó con una pregunta.

—¿Qué te apetece hacer?

Karine entró en la sala de estar y giró en torno a sí misma para contemplarlo todo. A él no le hacía falta asomar la cabeza por el marco de la puerta para saber que el panorama dejaba mucho que desear. La ineptitud de su padre había conservado la vivienda como un museo consagrado a la destreza de su madre para las tareas del hogar, que en vida había sido tan eficiente contra el desorden como el viento lo era con las hojas de hierba.

—Nunca he estado en tu casa —dijo ella—. Qué raro.

Se refería a su presencia en ella, no a la casa en sí. De haberse referido a la casa, sin embargo, no habría andado muy desencaminada: era rara. Era un adosado de tres habitaciones que resultaba tan cavernoso sin la presencia de su madre que Ryan apenas soportaba estar ahí. Le recordaba historias chungas en las que no quería pensar sobre abismos que no tendrían que haber estado allí. Era un techo sobre su cabeza. Representaba un peligro de incendio, en la medida en que a veces quería rociarlo de gasolina, arrojarle una cerilla encendida y ver cómo arrastraba tras de sí el cielo nocturno.

Ella conocía el percal. Él había tenido el valor de confesarle sus circunstancias solo un par de días antes, aterrado de que ella perdiera los papeles y le dejara, pero a la vez desesperado por contarle que no todos los rumores que circulaban acerca de su padre eran ciertos. En las escaleras de atrás del colegio, hechos un ovillo sobre el frío hormigón, le había confesado que sí, que tenía altercados con su padre, pero no, no del género que insinuaban algunos de los narradores más maliciosos. *Es un idiota, tía, casi no puede mantenerse de pie cuando va cocido, pero no es... Es... He oído las chorradas que dice la gente pero retorcido no es, tía..., solo está..., joder..., no lo sé.*

Ella no había salido corriendo y no se lo había contado a nadie. Era a la vez un peso que se había quitado de encima y la peor jugada posible, pues consolidó así su posición de inferioridad arrastrándose por el suelo frente a ella. Por una parte, no le importaba porque sabía que ella valía más que él —era un hacha y tan hermosa como el alba, y cada vez que la veía podía notar con embriagadora claridad la sangre en sus venas, el aire en los pulmones y el corazón latiéndole con fuerza en el pecho—, pero también le mosqueaba no ser capaz de abordarla sin doblarse. Que ahora no se sintiera más presentable que su padre. Que la inutilidad fuera hereditaria.

Eso sí, ya no sentía ira. La había dejado delante de la puerta, junto a sus restos marchitos.

Ella le tendió una mano y él la cogió entre las suyas.

—¿Querrás tocar para mí?

El piano de su madre estaba junto a la pared, detrás de la puerta. Bien podría haber sido suyo. Había invertido las horas necesarias mientras ella se peleaba con su padre, amenazaba con grandes cambios en su vida profesional, reñía con los vecinos o amagaba altaneramente con llevárselo a él y a sus hermanos y volver a casa de sus padres. Solía sentarlo en el taburete del piano cada vez que necesitaba espacio para satisfacer sus caprichos de cascarrabias, y de resultas él acabó siendo ambidiestro y capaz de leer música. Eran pocas las personas que sabían aquello acerca de él, porque jamás se lo habrían imaginado.

Podría tocar para Karine D’Arcy si quisiera. Alguna pieza clásica que pudiera fingir que era algo más que un ejercicio, o igual uno de esos temas pop que su madre le había enseñado cuando buscaba empleo esporádico con orquestas de bodas o cantando en los vestíbulos de los hoteles para amenizar cutres festivalillos artísticos. Puede que hasta surtiera efecto. Igual Karine se quedaba tan sobrecogida que se quitaba toda la ropa y se dejaba follar ahí mismo, en el suelo del cuarto de estar.

También aquella fantasía tenía algo de vacua. Lo cierto es que ella estaba allí, en su casa, un lunes a la hora del almuerzo, a años luz de metamorfosearse en estríper cachonda. Era con eso con lo que tenía que lidiar: con el hecho de que Karine D’Arcy estuviera allí de verdad-de verdad.

No quería tocar para ella. La expectación habría convertido en nudillos las yemas de sus dedos.

—A lo mejor luego —dijo él.

—¿Luego?

De haber dispuesto de más tiempo para acostumbrarse a su nuevo ser, quizás la hubiese mirado profundamente a los ojos mientras canturreaba suavemente *Sí, luego*. En su lugar, sonrió, apartó la mirada y se hizo un lío en la cabeza con *Luego* y con *Después*. A lo mejor *Después*. *Disponemos de toda la casa para nosotros para hacer las cosas mejor*. Iba a haber un *Después*. Lo sabía.

Ella pasó a su lado y entró en la cocina, asomándose por la ventana que daba al jardín y a su césped lleno de rúmex, que se extendía entre bajos y anchos muros de bloques de hormigón. Apoyó las manos en el fregadero y echó los hombros hacia atrás mientras se estiraba y se ponía de puntillas.

—Es raro que no haya estado nunca en esta casa hasta ahora —volvió a decir—. Hace mucho tiempo que tú y yo somos amigos y eso.

Había sido una amistad más bien ansiosa. En el transcurso de ella hubo proyectos escolares, fiestas y peleas de mentirijillas, y una vez una pelea de verdad cuando él la había acusado de quedar con él solo para poder acceder a esas fiestas. Fue durante aquel arrebató emocional, entre las paredes blanquecinas de un amplio pasillo escolar, cuando él se dio cuenta de que la intimidad entre ambos se reducía a que ella hubiera estado tirando de él durante años, como un fragmento de roca suelto en la cola de un cometa.

De repente cayó en la cuenta, igual que si una partera le hubiera dado el cachete, de que de no ser porque su casa era tan cavernosa, porque su padre andaba vagando por la ciudad en busca de alcohol barato y compañía indiferente y porque a los camorristas les preocupaba muy poco hacer novillos, ella no habría estado allí con él ahora, ofreciéndole la posibilidad de desprenderse de la carga de la amistad y de al menos una parte de su ropa. Karine D'Arcy le miró con una mano apoyada en el escurrerplatos, reorganizando la cocina por medio de una reacción química, mientras pálidas instantáneas chisporroteaban contra su cabello rubio mantequilla y estallaban como pompas de jabón contra el dobladillo de su falda escolar de color gris. Con ella aquí, de su lado, la casa parecía distinta. Ella no conocía la historia de cada una de las habitaciones y de todas sus abruptas esquinas. El tramo final de las escaleras. La mesita de café que siempre estaba allí, en el punto exacto, para hacerle tropezar cada vez que lo metían a empujones en el cuarto de estar. La pared de la cocina, el espacio aquel junto a la puerta de atrás, donde había tenido el interruptor de la luz a una pulgada de distancia con una mejilla chafada contra la pintura azul al tem-

ple y el peso de su padre condensado en una mano que, apoyada contra su sien izquierda, intentaba hacerle atravesar el yeso.

—Eres preciosa —le dijo, mientras ella se reía, pestañeaba y le respondía:

—Dios mío, ¿de dónde ha salido eso?

—Lo eres —insistió él—. ¿Qué haces aquí?

Ella se acurrucó contra su cuello. «Saltarme geografía», podría haber dicho. Pero no dijo nada, y cuanto más se prolongaba su silencio, más se aproximaban a las escaleras, a su cama y a lo que fuera que viniera después.

Él odiaba su dormitorio un pelín menos de lo que odiaba el resto de la casa. Lo compartía con sus hermanos Cian y Cathal, más desordenados que él. El espacio estaba dispuesto en forma de diagrama de Venn; no importaba la de veces que los abroncara o con cuánto mimo protegiera sus cosas de las de sus hermanos, siempre se las arreglaban para producir un solapamiento. Ella se sentó en la cama —resultaba gratificante que supiera cuál era la suya— mientras él iba dando patadas por el suelo, enviando coches Dinky y Legos y pantalones de pijama vueltos del revés debajo de las camas y hacia los rincones.

Estaba sentada sobre las manos, así que cuando se besaron fue como si nunca lo hubieran hecho antes y no estuvieran del todo seguros de si les iba a gustar. El segundo fue mejor. Ella le sujetó la cara entre las manos. Rozó con el dedo la parte de atrás de su oreja. Él le levantó el jersey escolar por encima de los pechos y cuando ella se apartó para quitárselo la copió.

—Igual —dijo ella cuando ya iba por el tercer botón— deberíamos atrancar la puerta y tal. Por si acaso.

—¿Pongo una de las camas delante?

—Sí.

También corrió las cortinas. Se acostaron y se abrazaron, se besaron y se quitaron más ropa, y durante todo ese tiempo él no dejó de pensar que ella iba a retirarle su consentimiento, y que las manos iban a traicionarle allí del mismo modo que le preocupaba que fueran a hacerlo sobre las teclas del piano.

No lo hizo. Siguió besándole y estrechando su cuerpo contra el suyo y ayudándole. Y él se preguntó, ¿si hicieran aquello en todas las habitaciones santificaría eso la vivienda? ¿Exorcizaría eso los ecos de las malas palabras y de todos y cada uno de los estremecedores topetazos sordos contra todas y cada una de las superficies sólidas?

Se preguntó si debería dejar de hacerse preguntas en un momento en que una mente dispersa era una herejía.

—Ten cuidado —le dijo ella al oído—. Por favor te lo pido, Ryan, ten cuidado.

Ella le rodeó el cuello con las manos y él se encontró con su mano derecha en la rodilla izquierda de ella, que apartó con suavidad y ay, joder, ya está, estaba perdido del todo.

La ciudad de Cork no va a fijarse en los primeros pasos decididos de un hombrecillo resuelto. La ciudad funciona a nivel macro: atascos, finales de la Copa de Irlanda, redadas antidroga, elecciones generales. Mierdas de las que quejarse: la economía, el parlamento, cualquier viruta de la integridad del país que estuvieran subastándole a Europa aquella semana.

Pero el lunes a la hora del almuerzo lo era todo para un hombre nuevo en particular, y seguramente para mil más, personas que pasaban ese par de horas obteniendo ascensos, haciéndose pruebas de embarazo o recogiendo las llaves de sus coches de segunda mano recién estrenados. También había gente falleciendo. Así era la ciudad: un hombre nuevo que ocupara el lugar de otro, que estaba desangrándose sobre el pulido suelo de una cocina.

Maureen acababa de matar a un hombre.

No lo había hecho de manera deliberada. Eso difícilmente tendría que demostrarlo, pensó; nadie miraría a una mujer escuchimizada de cincuenta y nueve años como ella y vería a una asesina. Cuando en la tele aparecían esas mujeres devastadas que lo des-

truían todo a su alrededor, siempre se las veía un poco averiadas. Demasiadas atenciones por parte de títos sobones y demasiada falta de verduras. Tenían rostros llenos de ángulos y aristas y unos ojos que parecían botones en la punta de un palo. Si te cruzaras con una de ellas por la calle, te irías de cabeza al cuartelillo de la Gardaí a proponerles que si querían un ascenso que llevar a casa de su mami en Ballygobackwards siguieran a la lunática que iba dando tumbos¹. Bueno, pues Maureen no. Solía quedarse con el ceño fruncido entre gesto y gesto, pero ser un palillo no basta para que la Gardaí se ponga a husmear en torno a tus perversiones. Si la Gardaí hubiera dispuesto alguna vez de mentes tan privilegiadas, jamás habría habido escándalo alguno en la Iglesia, pensó para sus adentros.

Miró al hombre tendido bocabajo encima de las baldosas. Había sangre. Estaba impregnando las juntas. Habría que frotarlas con lana de acero. Bicarbonato. Lejía. Seguramente algo más fuerte; ella no era una experta. No solía andar por ahí de puntillas sorprendiendo a intrusos e infligiéndoles traumatismos con armas contundentes. Había sido su primera vez.

Además, limpiar se le daba como el culo. La competencia en tareas del hogar era cosa de chicas buenas, y hacía cuarenta años que nadie le decía que era una de ellas.

Fuera quien fuera, no cabía duda de que estaba muerto. Llevaba un jersey que con anterioridad había sido negro y unos pantalones de chándal de acetato. Tenía el cráneo fracturado y el pelo apelmazado por la sangre, pero en vida había sido pelirrojo. Era un tipo alto, un calavera flacucho: otro palillo, ahora difunto. No había tenido ocasión de verle la cara antes de mandarlo al otro barrio con la Piedra Sagrada y no se sentía capaz de darle la vuelta. Habría sido como dar la vuelta a una costilla sobre una parrilla; la sola idea le revolvió las tripas. Mal iba a comer ahora. ¿Y si siguiera teniendo los ojos abiertos?

¹ Término genérico y burlón que designa una pequeña aldea agrícola perdida. Bally procede de *baille*, término gaélico que significa «aldea». *Go backwards* podría traducirse por «ve patrás». [N. del T.]

Ni hablar de llamar a la policía. Sí pensó —ahora que el alma ya se le había caído a los pies— que a lo mejor habría sido divertido llamar a un cura, solo por ver lo que opinaban de aquello Dios y sus bandidos. A lo mejor intentaban limpiar el suelo de la cocina bendiciéndolo, *por el poder del que estoy investido*. Pero no creía que estuviera en condiciones de invitar a uno de aquellos tipos a cruzar el umbral. ¿Dos intrusiones en un mismo día? No le llegaría la lejía...

Dio la espalda al muerto y descolgó el auricular.

Jimmy había atraído hacia ella a los curas igual que los puentes atraen a las gaviotas cuando hay temporal. Era fruto del pecado, pobrecito; había sido concebido en él de entrada, antes de convertirse en su marca misma, y había ido creciendo, igual que todos los malos secretos, deformando a su madre de una manera ante la que nadie podía cerrar los ojos.

De haber nacido una década antes, calculaba ella, ser madre soltera le habría valido una condena a cadena perpetua restregando sábanas y toallas sumida en una neblina química, trabajos forzados por partida doble para apaciguar a las mujeres piadosas y guarnecer sus hogares. Ahora bien, en los años setenta había margen suficiente para que pudiera dar media vuelta y marcharse a Inglaterra, donde había vivido de forma intermitente hasta que la terrible hazaña a la que bautizó como James dio con ella y le mostró su propia carga.

Algunas mujeres tenían hijos ilegítimos que de mayores acababan siendo contables, o profesores o herederos de abundantes acres de tierra de calidad en el interior. Maureen no.

Frunció el ceño ante la sangre que había en el suelo y marcó el número. Jimmy sabría qué hacer. Aquello era exactamente el tipo de cosa que se le daba bien.